

La internacional yihadista

Jesús Argumosa Pila

Introducción

Introducción

Durante los primeros quince años de este siglo XXI, uno de los fenómenos que más ha preocupado a la comunidad internacional, sin duda, ha sido y continúa siendo la *internacional yihadista*, representada fundamentalmente y en un principio, por la organización de Al Qaeda (AQ) y, en estos momentos, por AQ y por el recientemente autoproclamado Estado Islámico (Daesh, en sus iniciales árabes del Estado Islámico de Irak y Levante), con independencia de otros grupos yihadistas radicales como Boko Haram.

Si la terrible seña de identidad de Al Qaeda se sustenta en sangrientos atentados terroristas como los efectuados contra las embajadas norteamericanas en Kenia y Tanzania o contra el destructor norteamericano, USS Cole, en Yemen, en el siglo pasado, y los de Nueva York, Madrid y Londres, en este siglo, la del Daesh se reconoce por los cruentos ataques terroristas, decapitaciones o asesinatos cometidos por sus integrantes, especialmente en los últimos años.

Precisamente sobre la actuación y evolución de la *internacional yihadista* es donde se han centrado los capítulos de esta publicación en la que se ha utilizado como hilo conductor: dos trabajos orientados a un enfoque histórico y conceptual –sobre contexto histórico (Ignacio Fuente Cobo) e ideológico (Federico. Aznar)– dos trabajos con una orientación territorial

de actores –en Oriente Medio (Javier Jordán) y en África (Salma Semmami)– y un trabajo acerca de un posible modelo antiterrorista –sobre la cooperación antiterrorista entre España y Marruecos (Luisa Barrenechea y Rogelio Alonso)–.

Así, en el primer capítulo que lleva por título «*El yihadismo en su contexto histórico*», el coronel Fuente Cobo señala que el yihadismo no se trata de un fenómeno que nace por generación espontánea sino que responde a unas causas profundas que se han ido conformando a lo largo de la historia.

Para el autor, las invasiones de Afganistán en el 2001 e Irak en el 2003, impulsaron el embrionario movimiento yihadista internacional al crear nuevos teatros de operaciones, en donde poner en práctica nuevos procedimientos operativos y métodos terroristas. Con el tiempo surgirán disputas ideológicas internas que se traducirán en diferentes estrategias de actuación. El caso más relevante ha sido el de la aparición del Daesh, una organización escindida de Al Qaeda con la que difiere tanto en cuestiones ideológicas como en objetivos y doctrinas de actuación.

Termina el capítulo, afirmando que la forma de entender la yihad, hoy en día, es la más extrema en la historia del Islam. La otra concepción de la yihad que aboga por la lucha interior, la superación y el esfuerzo personal es con la que se ha identificado al Islam durante largos periodos de su historia. El gran desafío para los musulmanes moderados y sus aliados no musulmanes es conseguir que se acepte este segundo concepto.

En el segundo capítulo titulado «*Los componentes ideológicos del yihadismo*», el capitán de Fragata, Federico Aznar, se centra en el análisis del terrorismo islámico como discurso político, toda vez que la raíz del terrorismo se encuentra en su ideología y es crítico comprender un fenómeno para poder propiciar su derrota. Aunque las claves del discurso terrorista sean religiosas sus planteamientos son necesaria e invariablemente políticos. Aún es más, como no existe ni unidad de doctrina ni de jerarquía en el mundo islámico, los debates teológicos (y teólogos son los que generan la doctrina yihadista), no tienen una solución que deba ser aceptada por todas las partes, por los que estos son debates hasta cierto punto estériles.

Como ejemplo de ello tenemos a los grupos Daesh y Al Qaeda. El grupo terrorista Daesh surge de Al Qaeda con la que comparte elementos comunes, si bien difiere en el modelo estratégico centrado en su caso en la implantación geográfica, el califato, la lucha insurgente contra el *enemigo cercano* y la implementación integral de la Charía que asocia a una narrativa apocalíptica; Al Qaeda, más posibilista, plantea su lucha en clave terrorista y centrada sobre el *enemigo lejano* junto a un uso más moderado de la violencia. Ambos comparten fines pero les enfrentan los medios.

Para combatir este fenómeno no basta con generar un discurso que lo confronte sino que es imprescindible encontrar una narrativa que lo desborde y enlace los planos político estratégico y táctico concertándolos y garantizando la unidad de acción en todo el frente ideológico de batalla. La violencia es un fenómeno que surge de la política.

En el tercer capítulo, con el título de «*El Daesh*», Javier Jordán analiza los factores que han contribuido al éxito de este grupo terrorista. La trayectoria histórica del Estado Islámico revela su visión a largo plazo, su capacidad de adaptación, su resistencia a la pérdida de cuadros de alto nivel y la importancia que ha tenido en su desarrollo la alianza establecida con antiguos militares del Ejército de Sadam Hussein, posteriormente integrados en la insurgencia contra las tropas norteamericanas.

El trabajo de Jordán presta también atención a la capacidad para-militar del Daesh, que le está permitiendo ganar y retener amplias extensiones en Siria e Irak. Se analiza así mismo el contexto de guerra regional que vive a día de hoy Oriente Medio, un conflicto que está favoreciendo la expansión y pervivencia del Estado Islámico. Seguidamente, el autor estudia las fuentes de financiación del grupo y su proyección transnacional en escenarios tan distantes como son el Norte de África, el Sinaí y Afganistán/Pakistán. Finalmente, el trabajo concluye con unas breves predicciones y recomendaciones.

El cuarto capítulo que lleva por título «*Los movimientos yihadistas en África*» y ha sido escrito por Salma Semmami, trata del crecimiento y del estado actual de los grupos yihadistas en África con un enfoque sobre los puntos calientes que están en la zona del Sahel, Libia, Somalia y Nigeria. La autora analiza las raíces de la radicalización, la evolución del movimiento yihadista africano y su expansión tras las revueltas de la primavera árabe y las consecuencias de la influencia creciente del Daesh.

También analiza los cambios políticos en marcha en África que anuncian una nueva era de violencia y una importancia cada vez mayor del tema de la seguridad del continente. La última parte de este capítulo repasa los ejemplos de soluciones seguidas en otros países para hacer frente al yihadismo.

Por último, el quinto capítulo titulado «*La cooperación entre España y Marruecos: ¿un modelo para la estrategia contra el terrorismo?*», redactado por Luisa Barrenechea y Rogelio Alonso, analiza el modelo de cooperación antiterrorista de dos países como España y Marruecos, estratégicamente situados en la lucha contra el terrorismo terrorista. Ambos estados han sufrido atentados terroristas en el nombre de la yihad y continúan siendo blancos de este tipo de violencia.

En su opinión, el carácter internacional del terrorismo del siglo XXI debería situar a la cooperación internacional en una importante prioridad

tanto en la agenda de seguridad internacional como en la regional y en la nacional. Así lo exige un terrorismo como el yihadista, que ambiciona objetivos expansivos e internacionales, que no distingue fronteras, y que se aprovecha de las vulnerabilidades de los Estados fallidos para expandirse y alcanzar sus objetivos.

Todo ello ha impulsado una cooperación antiterrorista que hoy puede definirse como muy satisfactoria y cuyos rasgos característicos y manifestaciones son analizados por los autores de este capítulo. El detallado examen de este modelo lleva a los autores a plantear propuestas que permiten mantener, fortalecer y mejorar un instrumento fundamental para contener el terrorismo yihadista. Proponen además el perfeccionamiento y ampliación de este modelo con el fin de convertirlo en un referente de la lucha global contra una amenaza definida por su naturaleza internacional y transnacional.

Panorama geopolítico internacional

La actual configuración geopolítica de seguridad internacional se distingue por la existencia de un conjunto de conflictos de distinta tipología – de contrainsurgencia, de terrorismo, de carácter híbrido, o de naturaleza asimétrica–, que se llevan a cabo simultáneamente en diferentes regiones del planeta, unas veces coordinados y otras de manera totalmente independiente, pero, de forma general, con una característica común, la intervención a la vez de actores estatales y no estatales.

El mundo no ha visto una guerra convencional pura desde la invasión rusa de Georgia en el año 2008. Es un hecho objetivo que, actualmente, más de 30 países entre los que se encuentran Afganistán, Colombia, Irak, Israel, Malí, México, Nigeria, Pakistán, Siria, Somalia, y Ucrania, están combatiendo contra enemigos que utilizan tácticas guerrilleras, contra-insurgentes y terroristas. A modo de ejemplo, en la guerra civil siria con agentes estatales y no estatales han muerto más de 220.000 personas.

Sin embargo, dentro de esta visión de la conflictividad con guerras de baja intensidad identificamos cuatro grandes regiones mundiales caracterizadas por acontecimientos o movimientos cuya repercusión en el sistema de seguridad internacional de este primer cuarto del siglo XXI puede producir un cambio geopolítico de alto calado. Formarán parte de la conflictividad que nos acompañará durante dicho tramo de tiempo.

La primera región es el este de Europa, con la actual guerra civil ucraniana y la anexión rusa de Crimea que no es reconocida ni por la Unión Europea ni por Estados Unidos. Es un conflicto de carácter híbrido, pero de orden geopolítico, entre Occidente y Rusia, cuyos resultados marcarán el escenario geoestratégico euroasiático en estos primeros 25 años del siglo XXI. En el plano regional, se traduce en un pulso estratégico entre la

Unión Europea y Rusia, en un momento en que la UE sale de la recesión mientras que Rusia ha entrado gravemente en ella, en este año de 2015.

La segunda región lo constituye Oriente Medio donde existen conflictos de distinta naturaleza que están fracturando el área. La guerra civil siria puede conducir a un estado fallido. La guerra sectaria iraquí también está rompiendo la estructura estatal alimentando la ancestral lucha fratricida entre suníes y chiíes. Las ofensivas del Daesh en Irak y Siria es un buen ejemplo de ello. El conflicto palestino-israelí, el proceso nuclear iraní o las luchas sectarias en Yemen junto con la guerra en Afganistán completan este disputado escenario.

Una tercera zona la conforma el Mar de China Oriental y el Mar de China Meridional, depositarios de importantes recursos energéticos y donde abundan peligrosas reclamaciones territoriales de China a vecinos como Japón, Corea del Sur, Taiwán, Vietnam, Filipinas o Indonesia. La tensión se acrecienta ante la ausencia de organizaciones regionales de seguridad en la zona. Lo contrario que en Europa. Un posible enfrentamiento chino-japonés fragmentaría la seguridad de Asia-Pacífico.

Por último, una cuarta región es la sahariana-saheliana que está sujeta a un conjunto de riesgos y amenazas entre los que destacan el terrorismo yihadista, la delincuencia organizada, el contrabando de armas, el tráfico de seres humanos, el tráfico de drogas, los flujos de refugiados, la inmigración ilegal o los flujos financieros conexos, que afectan o puedan afectar más directamente a los intereses norteafricanos, a los europeos y, especialmente, a los intereses estratégicos nacionales.¹

A esta situación conflictiva es preciso añadir los cambios geopolíticos que se producirán, a nivel mundial, por un lado, como secuela del descenso del precio del petróleo y, por otro, debido a las incertidumbres derivadas de la salida de las tropas de combate aliadas de Afganistán, al final del año pasado, sin haberse firmado previamente acuerdo alguno entre Occidente y las principales potencias del área.

Sobre este panorama geopolítico mundial actúa la *internacional yihadista*, en el que Al Qaeda tuvo su apogeo en el lustro 1998-2003 con el liderazgo indiscutible de Bin Laden que consideraba su actividad terrorista como preludio de un califato que no esperaba ver en vida. La organización funcionaba y funciona como una red de células autónomas dispersas geográficamente por todo el globo, alcanzando un gran protagonismo, especialmente, en la región de Oriente Medio y en la región sahelosahariana.

Como ya se ha dicho, ahora hay otro importante actor, el Daesh, que tiene muchas posibilidades de quitarle dicho liderazgo a AQ. Particularmente,

¹ Jesús Argumosa: «España y la seguridad del Sahel», Revista Ejército nº 889. abril 2015, pág. 18

en Oriente Medio se puede producir un gran vuelco geoestratégico en su débil estabilidad como consecuencia de la actuación del Daesh que, desde finales de junio de 2014, ha establecido el califato, en partes de Siria e Irak, como institución política que gobernará a la comunidad musulmana mundial, cometiendo todo tipo de atrocidades. A pesar de que se ha formado una coalición contra dicho grupo, liderada por EEUU, aún sin claros resultados, está rompiendo el orden establecido por Occidente en el área hace una centuria.

La fragilidad inestable de Oriente Medio

Es verdad que la *internacional yihadista* ha afectado y está afectando al entorno mundial como se ha visto en su actuación prácticamente en los cinco continentes pero también es cierto que su mayor impacto se proyecta sobre Oriente Medio no solamente porque en dicha región reside la cuna del Islam, en cuyos movimientos radicales nace este movimiento sino también por la relevancia del wahabismo saudí con sus estrechas relaciones con el salafismo yihadista y por la circunstancia de que en esta área se ha establecido el califato del Daesh.

Por ello, analizaré con cierto detenimiento tanto la situación de seguridad como los acontecimientos o tendencias que en estos tiempos del primer cuarto del siglo XXI están ocurriendo en este *cinturón de quiebra* geopolítico caracterizado por la existencia simultánea de un gran número de conflictos o crisis derivados de los nacionalismos, de las diferentes corrientes religiosas así como de las distintas etnias que están conviviendo en dicha región.

En el momento presente, la agenda geopolítica de Oriente Medio está afectada, fundamentalmente, por las relaciones transnacionales. Las rivalidades de los poderes regionales y de las divergencias sectarias no tienen instituciones regionales por las que puedan ser canalizadas y controladas. El Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) se fracturó en 2014 como consecuencia de las diferentes posiciones de sus integrantes en torno a los Hermanos Musulmanes en Egipto y acerca de la guerra civil siria.²

Esta situación, combinada con el desencanto sobre la forma en que Estados Unidos está tratando los diferentes temas regionales hace que sea muy complicada cualquier aproximación a las cuestiones regionales. Todos los conflictos de la región sufrieron un empeoramiento el año pasado quizás con la única excepción del proceso nuclear iraní que, si no se tuerce, podía tener una mejora sustancial este próximo verano.

² Strategic Survey 2014: The Annual Review of World Affairs, IISS, pág. 384

El éxito del Daesh en Irak ha puesto en duda la viabilidad del propio estado iraquí en tanto que la solución al conflicto sirio se ha hecho cada vez más difícil. Mientras tanto, los grandes poderes de la región –Arabia Saudí, Irán, Turquía y Egipto– han sido incapaces de encontrar una ordenación geoestratégica de común acuerdo.

Las áreas inestables de Irak y de Siria constituyen un gran foco de inestabilidad estratégica. Ganancias territoriales serán pérdidas y coaliciones yihadistas formadas con precipitación y sin una lógica razonable, desaparecerán, pero los conflictos continuarán a menos que los poderes regionales se pongan de acuerdo. En definitiva, la pregunta es si los estados de la región pueden establecer un equilibrio de poder entre ellos que fomente la estabilidad en la zona. Esta solución aún parece lejana.

En la realidad de Oriente Medio, tanto Irak como Siria son dos estados fallidos. Los acuerdos Sykes-Picot de 1916 se han resquebrajado. La carencia de un plan de transición política y social, adecuado tras la caída de la dictadura de Sadam Husein – forzada por Occidente– ha sumido a Irak en un caos bélico en el que milicias islamistas iraquíes, milicias islamistas iraníes, ex miembros del régimen derrocado, líderes tribales y señores de la guerra se están lucrando con el tráfico de armas, de drogas y de petróleo.³

En cuanto a Siria, la guerra civil entre los grupos yihadistas, que comenzó con un ataque coordinado sobre posiciones del ISIS,⁴ en enero de 2014, dañaba el prestigio de todos ellos. Los combatientes extranjeros que llegaron a Siria para luchar contra Assad y los chiíes se dieron cuenta de que se les decía que mataran a los yihadistas sunitas que tenían exactamente los mismos puntos de vista ideológicos que ellos.⁵

Al Qaeda ha mantenido su objetivo inicial, es decir, derrocar al capitalismo occidental y acabar con el poder y la influencia de Occidente en Oriente Medio con el fin de provocar el hundimiento de los regímenes árabes. En otras palabras, atacar al enemigo lejano para socavar y, en último término, destruir al enemigo cercano de los regímenes árabes.

El Daesh se plantea el objetivo opuesto: apoderarse de territorio árabe, borrar sus fronteras y establecer un estado islámico unitario con un califato que se extienda desde Marruecos a la India; en concreto, enfrentarse al enemigo cercano, en primer lugar, para luego atacar al enemigo lejano.

³ Javier Martín: Estado Islámico. Geopolítica del Caos, Los libros de la Catarata. Madrid 2015, pág. 14

⁴ ISIS. Estado Islámico en Irak y Siria en sus siglas en inglés. Todavía no se había creado el Daesh.

⁵ Patrick Cockburn: ISIS El retorno de la Yihad, Barcelona, Editorial Planeta S.A, 2015, pág. 82

En el número 5 de Dabiq,⁶ la publicación en inglés de la potente maquinaria de propaganda del Daesh, del pasado mes de noviembre, se indicaba que *la bandera del califato se elevará sobre La Meca y Medina*. Más adelante, el panfleto amenazaba que se alzaría sobre Bait al Maqdis (Jerusalén) y Roma incluso con el desprecio de judíos y cruzados. También advertía que *el Daesh está aquí para quedarse pese al desprecio de todos los cristianos, judíos, politeístas y apóstatas*.

Cuando el Estado Islámico se convirtió en la fuerza más poderosa en la oposición, Siria constituyó un dilema para Occidente y sus aliados regionales –Arabia Saudí, Qatar, Emiratos Árabes Unidos y Turquía– ya que la política oficial de estos países consistía en deshacerse de Assad, pero el Daesh era entonces la segunda fuerza militar más potente en Siria. Si Asad caía, el Daesh se encontraba en excelentes condiciones para llenar ese vacío y gobernar el país.

No hay que olvidar que los padres adoptivos del Daesh y otros movimientos yihadistas sunitas en Irak y Siria fueron Arabia Saudí, las monarquías del Golfo y Turquía. Eso no significa que los yihadistas no tuvieran fuertes raíces autóctonas sino que su surgimiento fue apoyado de manera determinante por potencias sunitas externas. La ayuda saudí y qatarí fue, primordialmente, financiera mientras que la de Turquía se materializó, principalmente, en mantener abierta su frontera de 900 kilómetros con Siria.

Por otra parte, es preciso mencionar los diferentes grupos yihadistas que existen en Siria cuya mayor parte están directamente asociados con Al Qaeda como pueden ser, entre otros, Jabhat al-Nusra, representación oficial de AQ en Siria; la Brigada Yarmuk, receptora de misiles antiaéreos procedentes de Arabia Saudí; el Frente Islámico, una alianza poderosa establecida entre brigadas de la oposición respaldadas por Turquía y Qatar; o Ahrar al-Sham, movimiento dentro de la órbita de Al Qaeda.

Los grupos yihadistas ideológicamente cercanos a Al Qaeda se les etiqueta como *moderados*. El líder de AQ, Ayman al-Zawahiri, ha criticado al Daesh por su excesiva violencia y sectarismo.

Los elementos más relevantes de la internacional yihadista

Las primeras preguntas que nos surgen al tratar este tema es ¿qué es el yihadismo? ¿Cuál es su doctrina e ideología? ¿Cuál ha sido su evolución a grandes rasgos? ¿En qué postulados conceptuales descansa? ¿Cómo está concebida la política y la religión dentro del Islam? Los trabajos de Ignacio Cobo y de Federico Aznar, como ya se ha mencionado, han ana-

⁶ «Remaining and expanding», Dabiq Magazine nº 5, noviembre 2014, pág.3

lizado, en profundidad, estas cuestiones apuntando ideas sugerentes e interesantes sobre las mismas.

A grandes rasgos, se aprecia claramente que el movimiento yihadista no es un producto que ha aparecido de pronto ni tampoco es consecuencia de situaciones de injusticia o de humillación creadas en los últimos años sino que responde a una postura articulada ideológica, doctrinal y políticamente desde los primeros años del recorrido del Islam.

En este campo quiero referirme especialmente a tres aspectos que, desde un enfoque geopolítico y pragmático, constituyen una parte sustancial de lo que significa este movimiento dentro del Islam. Se trata del concepto o significado de la yihad, de la relevancia del califato y de lo que supone la expansión o conquista.

Parto de la base de que la doctrina de la internacional yihadista se apoya en los grandes pensadores musulmanes desde el turco Ibn Taymiyya, en el siglo XIII, hasta el egipcio Sayyid Qutub, en el siglo XX, pasando por el árabe Ibn Abd Al Wahhab, en el siglo XVIII, y el egipcio Hassan Al-Banna, en el siglo XX, entre otros, con sus similares y, a veces, diferentes interpretaciones de este discurso.

La yihad

El *yihadismo*, en general, es utilizado para denominar a las ramas más violentas y radicales dentro del islam político, caracterizadas por la frecuente y brutal utilización del terrorismo, en nombre de una supuesta yihad a la cual sus seguidores llaman una guerra santa en el nombre de Alá.

La yihad como concepto básico del Islam es una cuestión debatida. Tiene dos tipos de acepciones: la *yihad menor* de inspiración violenta, en la que se intentan legitimar los yihadistas, y la *yihad mayor*, de interpretación espiritual, que representa el esfuerzo que todo creyente debe realizar para ser mejor musulmán, mejor padre o madre, esposo o persona. La *internacional yihadista* ha apostado claramente por la primera acepción.

En la Arabia del siglo VII, la principal fuerza de movilización era tribal. Antes del Islam, la mayor parte de los árabes, incluidos los urbanos y los nómadas, se organizaban en tribus. El jefe de la tribu ordenaba la movilización para defender causas tribales. En cambio, tras la instauración del Islam, la nueva «comunidad» adquirió un poder jerárquico superior al de las tribus individuales y debía legitimar el llamamiento a la movilización en función de unos valores religiosos supremos. Así pues, la yihad iba a convertirse en el llamamiento legítimo a la movilización, la acción y, en última instancia, la guerra.

En el interior de Arabia, la primera comunidad musulmana organizada se encontraba en estado de guerra contra la clase dirigente de La Meca

y, en una fase posterior, contra tribus no musulmanas. Su fundador, el profeta Mahoma, era entre otras cosas comandante militar. Tras la retirada de La Meca, el ejército de adeptos debía reponer fuerzas en Medina y proseguir el avance. Se tomó la decisión de continuar la guerra contra La Meca hasta que se rindiese. La primera yihad global se inicia en ese momento histórico.⁷

Ya, a partir del siglo XIII, a instancias de Ibn Taymiyya, la yihad llega a ser considerada como un verdadero pilar del Islam, en el mismo nivel que los otros cinco: la profesión de la fe, el ayuno, la oración, la limosna y la peregrinación a La Meca.

El yihadismo como derivación del salafismo –corriente suní que practica la doctrina ejercida por los antepasados piadosos, en especial, por los cuatro primeros califas del Islam– es un fenómeno heterogéneo donde coexisten diversas interpretaciones sobre cómo volver a los orígenes del Islam. Los principios de todas estas doctrinas consisten en restaurar la grandeza del Islam, re-islamizar a las sociedades musulmanas desde la más estricta ortodoxia y la aspiración de crear estructuras políticas que velen y promuevan la realización de dichos principios.

También el yihadismo se puede definir como una respuesta radicalizada, provocada por una reacción identitaria que pretende reconstruir una comunidad mítica de valores originarios –convertir al mundo entero al Islam–, rechazando el progreso que altera las comunidades tradicionales y la religión.

El ámbito de actuación puede ser regional pero todas las tendencias coinciden en el deseo de lograr la unión de todos los musulmanes y la voluntad de extender el Islam por todo el mundo. Es decir, establecer un califato que se proyecte y gobierne por todo el globo. La prioridad de cada objetivo, los métodos a utilizar para lograrlos, dependen de las características históricas y políticas de cada región.

Sus objetivos suelen ser graduales y a medio plazo. Pasan por derrocar a los gobiernos liderados por musulmanes moderados que ellos consideran apóstatas, impíos y corruptos, por ser tibios e hipócritas y ser aliados de occidente. Son la mayoría de los países musulmanes incluida Arabia Saudí, país que en numerosas ocasiones ha sido puesto en el punto de mira de los yihadistas con el fin de derrocar a la monarquía. Con ello buscan consolidar estados afines desde donde iniciar su expansión, con pretensiones de recuperar los territorios islámicos «ilegítimamente usurpados» y recrear el califato de corte islamista radical a nivel mundial.

⁷ Walid Phares: La future yihad, Madrid, Editorial Fundación FAES S. L. U, 2006, pág. 130.

A partir del 11 de septiembre de 2001, debido al enorme impacto propagandístico de los macro-atentados en Estados Unidos, el mensaje yihadista se dio a conocer al mundo entero. Al Qaeda, siendo una organización terrorista, se fortaleció como movimiento ideológico que inspiró el comportamiento de miles de personas y es considerada por muchos de ellos como guía y referente.

Hasta no hace mucho tiempo, los occidentales que acusaban a los musulmanes de seguir ciegamente preceptos antiguos se granjeaban las críticas de algunos intelectuales –en particular, del difunto Edwar Said– que señalaban que llamar antiguos a los musulmanes era simplemente otra forma de denigrarlos. En lugar de esto, decían estos académicos, debíamos fijarnos en el contexto en que surgían estas ideas: países mal gobernados, costumbres sociales cambiantes o la humillación de vivir en una tierra que solo se valoraba por el petróleo...

Sin estos factores es imposible tener una visión completa del ascenso del Daesh. Pero centrarse solo en ellos y excluir la ideología es un reflejo de otro tipo de sesgo propio de Occidente, esto es, considerar que si la religión no tiene importancia en Washington o Berlín, debe ser igualmente irrelevante en Raqqa o Mosul. Pues bien, cuando un hombre grita «Allahu Akbar» –Alá es grande– mientras decapita con un cuchillo a un apóstata, a veces lo hace por motivos religiosos.⁸

Según Bernard Haykel,⁹ las filas del Daesh están impregnadas de fuerza religiosa. Las citas del Corán son constantes. Asegura que «hasta los soldados rasos las expresan continuamente». Posan delante de las cámaras y repiten las doctrinas aprendidas de memoria pero con convicción. En su opinión, las afirmaciones de que el califato ha tergiversado los textos del Islam son falsas. Todos los suníes comparten estos textos, no solo el Daesh. «Y estos individuos tienen tanta legitimidad como cualquier otro» para interpretarlos.

Todos los musulmanes reconocen que las primeras conquistas de Mahoma, especialmente después de la Hégira a Medina, no fueron una marcha sencilla. Las leyes de la guerra transmitidas tanto al Corán como a los hádices, o narraciones sobre el Profeta, fueron la respuesta a una época turbulenta y violenta.

En opinión de Haykel, los combatientes del Daesh han retrocedido al primer Islam y reproducen al pie de la letra sus normas bélicas. No son unos individuos enloquecidos que manipulan la tradición medieval para justificar la esclavitud, la crucifixión y las decapitaciones. Son soldados que se sitúan en el corazón de la tradición medieval y la aplican sin fisuras en el presente.¹⁰

⁸ Graeme Wood: «What ISIS really wants», The Atlantic magazine, marzo, 2015.

⁹ Bernard Haykel: «La reforma pendiente», El País, 12/04/15.

¹⁰ Bernard Haykel: ibídem.

El califato

Tras la muerte de Mahoma,¹¹ sus discípulos se reunieron en un consejo, un *meilis*, que se convirtió en la primera institución tras la muerte del fundador. Este órgano superior tomó importantes decisiones. La primera, que afectaría a toda la historia musulmana, fue la aceptación del principio sucesorio para el *nabiy* —«profeta» en árabe—. Sucesión es *jilafa*, el sucesor es el *jalifa*, término del que proviene el equivalente occidental «califa».

El sucesor institucional heredaría la inspiración divina del mensajero de Alá y al mismo tiempo su fuerza para dirigir la *Umma*.¹² El traspaso del profeta al califato posibilitó la historia islámica. De no haber decidido los discípulos instaurar un califato, nadie hubiera asegurado el triunfo de los musulmanes en su conquista posterior.

Cuando el 5 de julio de 2014, Abu Bar al-Bagdadi, subió al púlpito de la Gran Mezquita de Al Nuri, en Mosul, para autoproclamarse el primer califa en varias generaciones, pasó de ser un perfecto desconocido a aparecer en imágenes de alta resolución en las redes sociales, y de ser guerrillero en busca y captura a jefe supremo de todos los musulmanes. Desde entonces no ha cesado el flujo de yihadistas de todo el mundo hacia el territorio controlado por el Daesh.

Unos días antes, el 29 de junio de 2014, el que fuera portavoz del entonces llamado Estado Islámico para Irak y Siria (ISIS), y que actualmente lo es del Daesh, Abu Mohammed al Adnani, había anunciado la restauración del califato —desaparecido nominalmente hacía 90 años, tras la expulsión del califa 101, Abdul Mejid II, afincado en Turquía— con el nombre del «califa Ibrahim». De acuerdo con la historia y con la región que abarca actualmente se le puede denominar el califato de Mosul.

Ese mismo día, la influyente maquinaria de propaganda del grupo publicó, también, su estrategia en dos videos simbólicos: uno, titulado *Rompiendo muros*, explicaba el operativo militar de liberación de presos; el otro, bajo el epígrafe *El final de Sykes-Picot*, declaraba la desaparición de la demarcación fronteriza entre Siria e Irak y predecía el colapso del Oriente Medio colonial.

Vestido de negro, con la lengua barba sobre su pecho y un ostentoso reloj en la muñeca, el nuevo califa, exigió sumisión a los musulmanes y adhesión a la lucha a favor de la verdadera *Umma*. Desde entonces, las tropas bajo su mando se han hecho famosas por sus recurrentes episodios de crueldad de los primeros años del Islam y por la decapitación pú-

¹¹ Wahid Phares: *ibídem*, pág.132

¹² *Umma*: Comunidad mundial de creyentes

blica y ostentosa de rehenes occidentales, británicos, norteamericanos o japoneses.

Dos rasgos¹³ destacaban, especialmente, en su biografía, tanto en la mítica como en la real. Dos particularidades que definen su carácter y clarifican sus objetivos, presentados como una misión divina. Por un lado, es el primer líder yihadista de envergadura que no ha pasado por los campos de entrenamiento de Afganistán y tiene una innata habilidad para convencer y predecir las oportunidades.

Es un producto nacional iraquí, formado en el salafismo más radical que abandonó la docencia tras la invasión anglo-norteamericana. Conocido como el *Doctor Ibrahim*, ha sabido valerse de su excelente manejo de las escrituras sagradas y el conocimiento de las intrincadas redes tribales iraquíes, sirias y jordanas para crear una imagen mitificada. Marcó como objetivo levantar en el corazón de Irak una nación musulmana suní, pura e independiente, que sirva de lanzadera para la nueva *Umma*.

Por otro lado y en contraste con otros grupos yihadistas como Jabhat al Nusra, que se centran primordialmente en atacar de forma constante a los infieles, el Daesh se esfuerza, principalmente, en actuar como un estado y que se le considere como tal. Por eso insiste en que todo el que se le una, jure obediencia y sumisión al califa y al califato.

Esta actuación también recuerda la estrategia que siguió Sadam Husein para hacerse con el poder estatal y usarlo para garantizar el control político y su poder absoluto como soberano, es decir, como le corresponde al califa. En este aspecto y en el terror, se sustenta el verdadero poder e influencia de Abu Bar al Bagdadi.

En concreto, en los albores de 2015, Al Bagdadi tiene dos grandes preocupaciones, por una parte, desmarcarse de la acción de otros grupos yihadistas, particularmente los afiliados a Al Qaeda. Por otra, actuar como líder de un Estado para lo que se asienta en dos sólidos pilares: empatía local y capacidad de financiación.

En suma, el Daesh ha logrado instaurar casi un completo sistema de gobierno que, combinado con los amplios recursos financieros de que dispone, permite que las ciudades funcionen y que la población se encuentre contenta. Asimismo, la introducción de este tipo de gobierno en un área de inestabilidad y conflicto tan amplio hace que el pueblo lo acepte mejor. Este factor, junto con la proyección internacional que alcance un conflicto regional es clave para la supervivencia del propio Daesh.¹⁴

¹³ Javier Martín: Estado Islámico. Geopolítica del caos. Madrid. Los libros de la Catarata. 2015. pág.51

¹⁴ Javier Martín: ibídem, pág.65

La expansión o apertura

La expansión islámica de la *internacional yihadista* está profunda y ampliamente tratada en los trabajos de Javier Jordán y de Salma Semmami. Los ejemplos del Daesh y los diferentes grupos yihadistas actuando en distintas partes del mundo y en África, en particular, responde a la visión global de la propia naturaleza del Islam ya predicada y practicada en sus primeros pasos.

La conquista del mundo exterior fue una decisión de gran relevancia geopolítica en el mundo musulmán.¹⁵ Después de crear una institución, el *meilis* tomó otra decisión que repercutiría en el destino del califato y la evolución de la política musulmana en el mundo. Una decisión relacionada con las fronteras reales del estado islámico. ¿Debían trazarse alrededor de La Meca y Medina o habían de ser ilimitadas? La dimensión geopolítica de los hechos históricos acaecidos en el siglo VII y en épocas posteriores radica en la decisión de ampliar los dominios musulmanes, estrategia que supuso la expansión territorial del Estado islámico.

En los primeros tiempos, los eruditos del califato describían el mundo a sus adeptos como una entidad dividida en dos partes. Según esta cosmovisión, por un lado, estaba la zona gobernada por el estado islámico y la Charía de Alá y se la denominaba *dar el islam*, que significa literalmente «casa del islam». Esta zona se solapaba parcialmente con las áreas de asentamiento musulmán y coincidía con las fronteras del control estatal islámico.

En el otro lado del tablero estaba *dar el harb*, que se traduce como «casa de la guerra» o, en términos más técnicos, zona de guerra. Esto no quiere decir que en dichas zonas la guerra fuera una realidad social permanente sino más bien que en la zona fuera de *dar el islam* no existía la verdadera paz. El califa decidía, en función de su juicio o de las circunstancias de cada momento si el estado islámico debía de expandirse hacia *dar el harb* y de qué modo.

Así pues, el califato instauró una dinámica unilateral de anexión territorial. Este proceso de expansión geográfica del estado islámico no tenía vuelta atrás, pues no existía más vía abierta que el avance y el ascenso inexorables. Esta doctrina se denominaba *al fatah*, que significa literalmente «la apertura». En términos geopolíticos, *fatah* era la conquista de las tierras no musulmanas, la legitimación de la expansión del estado. No se consideraba una ocupación, sino un avance autorizado por la divinidad hacia territorios exteriores del califato.

Aunque la conversión religiosa y el proselitismo sean asuntos de índole teológica, la expansión del estado es fundamentalmente militar. En los li-

¹⁵ Wahid Phares: *ibídem*, pág.133

bros árabes y musulmanes tradicionales se relatan fielmente los hechos: el «ejército» musulmán emprendió una serie de campañas militares declaradas y exhaustivas desde Arabia hasta España en Occidente, y hasta la India en Oriente.

Pero a medida que las grandes misiones procedentes de Arabia se desarrollaban, el califato ideó una doctrina de conquista que propugnaba la expansión de la *Umma* y de la fe, racionalizando dicho proceso con el concepto de la instauración de la religión propiamente dicha. En concreto; la doctrina religiosa y la espada formaron parte de un mismo símbolo que fue la conquista musulmana.

La lógica era impecable. Dado que el califato es la institución suprema del estado islámico, y el estado es responsable del futuro de la *Umma* y teniendo en cuenta que la *Umma* tiene la misión de expandirse con el fin de instaurar la religión en todo el mundo, la mecánica debe ser conjunta. El principio consistía en expandir la religión por medio del estado islámico.

Por lo tanto, el estado (en este contexto, el califato) debía idear las técnicas, las motivaciones, los argumentos y la doctrina de la expansión. A diferencia de los hunos o de los vikingos, que invadían a sus anchas sin justificar sus actos con argumentos racionales, los conquistadores árabes desarrollaron un completo sistema intelectual. Querían cumplir los objetivos de expansión del estado según una doctrina religiosa sólida, de modo que elaboraron una.

Pues bien, los tres elementos reseñados, la yihad, el califato y la apertura –conquista–, característicos de los primeros tiempos de expansión del Islam son los que está empleando actualmente la internacional yihadista –es verdad que con otros medios y otros procedimientos–, a través de sus tres principales actores, Al Qaeda, Daesh y Boko Haram.

La reforma en marcha

De acuerdo con Bernard Haykel, los continuos y aterradores acontecimientos violentos que están ocurriendo en el mundo musulmán desde el Sahel hasta la frontera afgana de Oriente Medio y desde Europa hasta las inmediaciones del Cuerno de África hacen preguntarse frecuentemente al mundo occidental si, realmente, el Islam necesita una reforma.¹⁶

Es decir, si podría beneficiarse de algo similar a la reforma protestante en Europa que, en último término, condujo a la Ilustración y al Siglo de las Luces de los que todos somos herederos y beneficiarios. No se debe olvidar que aquella reforma se llevó a cabo durante un periodo largo y extremadamente violento que provocó la muerte de millones de europeos.

¹⁶ Bernard Haykel: La reforma pendiente, El País. 12/04/15.

En realidad, el Islam ya está experimentando actualmente una reforma en la que todos nosotros somos testigos. Hay muchas similitudes entre la reforma que se hizo en Europa hace quinientos años y la que se está efectuando hoy en día en el mundo islámico, especialmente dentro de la secta suní mayoritaria, que representa alrededor del 85% de los musulmanes.

Desde un enfoque más pragmático-crítico, resulta interesante la tesis que expone Raymond Ibrahim¹⁷ cuando señala que no se puede esperar una reforma del Islam para hacerlo más compatible con la sociedad secular, porque ella ya está en marcha. En su opinión es la misma reforma que impulsó a Calvino y a Lutero, con la salvedad de que los textos islámicos –el Corán y los hádices–, leídos al pie de la letra, reclaman la supremacía de la ley religiosa aunque sea por la fuerza.

Como entonces, la autoridad religiosa tradicional ha sufrido una enorme pérdida de prestigio; centros de enseñanza y guías espirituales en otro tiempo venerables como la Universidad Al Azhar en Egipto, están dominados por los gobiernos. Se han convertido en meros portavoces que proporcionan cobertura religiosa a cualquier medida ilegítima e impopular que la autoridad política desee.¹⁸

El clero de formación tradicional ha perdido el prestigio social y la autoridad moral que ejercía en el periodo premoderno. Mientras esto ocurría han tenido lugar dos cambios también muy parecidos a lo acaecido en la historia europea.

El primero es la obtención de la alfabetización masiva. Al igual que en el cristianismo, en la mayor parte de su historia, las escrituras del Islam, especialmente el Corán y los hádices, eran inaccesibles para la inmensa mayoría de los musulmanes. Solo unos pocos eruditos, o ulemas –literalmente «los que saben»– estaban alfabetizados en árabe y/o tenían la posesión de las escrituras del Islam. El musulmán medio solo conocía los fundamentos del Islam, o sus cinco pilares.

El segundo cambio ha sido la difusión barata de materiales impresos e información, mucho más fácil ahora, en la era de Internet y de las redes sociales. El efecto acumulativo de estos cambios ha conducido a una fragmentación de la autoridad y a un auge de voces múltiples –y opuestas– acerca de qué constituye una interpretación y una práctica correctas del Islam. Como consecuencia de todo ello y de la ausencia de jerarquía, hay una batalla de ideas que se contraponen impidiendo establecer una doctrina única.

Para los yihadistas salafistas, los enemigos infieles no son solo los países y la civilización occidentales, sino también los despóticos Gobiernos

¹⁷ Raymond Ibrahim: <http://forosdelavirgen.org/79960/la-reforma-del-islam-esta-en-proceso-y-hace-al-islamismo-mas-supremacista-2014-07-07/>

¹⁸ Bernard Haykel: *ibídem*.

apóstatas que mandan en buena parte del mundo árabe e islámico, regímenes como el de Riad, El Cairo y otros lugares. Para anular la decadencia islámica y recuperar el poder, los yihadistas salafistas llaman a los musulmanes a revivir la lucha armada, un deber religioso que se había abandonado.

Estiman que la yihad es la única forma de recuperar el poder y, dado que el enemigo es tan abrumadoramente superior, todos los métodos de resistencia y acción violenta están permitidos. De hecho, los salafistas yihadistas ordenan a los musulmanes ejercer por su cuenta actos de violencia siempre que se les presente la oportunidad. Dios dará la victoria a sus creyentes, lo ha prometido en las escrituras.

El verdadero problema es que se invite al siglo VII a asentarse entre nosotros en la época moderna. Uno no puede desplazar los contextos y la historia a su antojo, según sus necesidades. En este sentido, el Daesh actúa como si los quince (15) siglos que nos separan de la aparición del Islam hubieran sido borrados de un sablazo mágico.¹⁹

De momento, los vencedores son los salafistas yihadistas, musulmanes suníes que defienden una interpretación literal del Corán y de las tradiciones de Mahoma plasmadas en los hádices, porque constituyen las enseñanzas originales del Islam. Los salafistas, que no siempre son violentos o militantes, son reformistas que desean en último extremo recuperar la autenticidad, y se presentan como los verdaderos musulmanes, diferentes de otros cuyas enseñanzas se han ido corrompiendo a lo largo del tiempo por la adopción de influencias no musulmanas.

Este punto de vista es, por supuesto, una proyección moderna sobre el pasado de un imaginario *islam verdadero*, que sirve a los actuales objetivos sociales y políticos de los salafistas yihadistas. Uno de sus objetivos, sin embargo, es el de desacreditar otras interpretaciones, en especial la sostenida por los chiíes y sufíes.

No obstante, hay otros reformistas musulmanes que abogan por una interpretación tolerante y democrática del Islam, pero sus voces quedan enmudecidas por la crudeza de los salafistas yihadistas. Por un lado, tienen un temor justificado a estos últimos ya que son implacables con sus adversarios. Por otro, a estos musulmanes liberales se les considera protegidos de los Gobiernos, como el de Egipto, cuyo líder, el presidente general Abdelfatáh Al-Sissi, ha afirmado que el Islam está terriblemente necesitado de reformas y de interpretaciones novedosas que contrarresten las de los salafistas yihadistas.

Sin embargo, con una postura totalmente independiente y alejados de los gobiernos, en el momento actual, pensadores reformistas islámicos

¹⁹ Ben Jelloun: «Cuál es ese Islam que da miedo», El País 12/04/15.

como el sirio Muhammad Shahrur, los iraníes AbdulKarim Soroush y Mohsen Kadivar, el suizo-egipcio Tariq Ramadan, el egipcio-estadounidense Khaled Abou El Fadl, el sudanés-estadounidense Abdullahi Ahmed An-Naim, el egipcio Nasr Hamid Abu Zayd y los malasios Anwar Ibrahim y Farish Noor, abogan por una reinterpretación del Islam. Coinciden, en general, en los cuatro puntos fundamentales indicados seguidamente.²⁰

1.- El Islam se produjo en un lugar y en un momento específicos y responde a circunstancias y situaciones singulares. Por ejemplo, ciertos capítulos o suras fueron revelados a Mahoma en Medina mientras combatía en varias batallas y luchaba por fundar su «estado islámico» basado en la *Umma*.

2.- Si el Islam pretende ser aceptado como una religión mundial con principios universales, los teólogos deberían adaptarlo al mundo moderno donde millones de musulmanes viven como minorías en territorios no islámicos, como China, India, las Américas y Europa. El concepto teológico de *Umma* que fue central para el estado islámico de Mahoma en Medina, ya no es válido en un mundo complejo, multicultural y multirreligioso.

3.- Si los millones de musulmanes que viven fuera del «corazón» del Islam aspiran a convertirse en ciudadanos productivos en sus países de adopción, deberían ver la religión como una conexión personal entre ellos y su Dios y no como un cuerpo común de creencias que dictan su interacción social con los no musulmanes o con su condición de minoría.

Si quieren vivir en paz con sus conciudadanos en los países occidentales laicos, deberán respetar los principios de tolerancia del «otro», la transparencia y la coexistencia pacífica con otras religiones.

4.- La ideología islámica radical e intolerante no representa a la corriente mayoritaria de la teología musulmana. Mientras que los terroristas como Osama Bin Laden y Abu Bakr al-Baghdadi citaron con frecuencia los suras coránicas bélicas de Medina, la reforma islámica debería centrarse en los suras revelados a Mahoma en La Meca, que defienden principios universalistas similares a los del cristianismo y judaísmo.

Estos pensadores reformistas también coinciden en que los teólogos y eruditos musulmanes de todo el mundo deberían predicar a los radicales, especialmente, que el Islam no aprueba el terrorismo y no debe invocarse para justificar la violencia.

Aunque en los últimos años los aspirantes a terroristas invariablemente buscan una justificación religiosa o una fatua o pronunciamiento de un clérigo religioso para justificar sus actividades terroristas, un Islam reformado prohibiría la emisión de estas fatuas.

²⁰ Emile Nakhleh: <http://periodistas-es.com/el-antidoto-contra-el-terrorismo-esta-en-la-reforma-del-islam-4654>.

Este proceso reformista en marcha pueda durar años, incluso siglos, y su desenlace final es totalmente impredecible. Lo que sabemos es que los salafistas yihadistas han tomado la delantera. Es previsible que el resto del mundo musulmán les dé la espalda y reaccione ante su ascenso violento. Pero esta reacción también podría tardar años.

La expansión internacional

Tanto Javier Jordán como Salma Semmami, aparte de analizar en detalle, por un lado Daesh y, por otro, los grupos yihadistas en África, expresan con claridad cómo se ha efectuado y se está efectuando la expansión internacional del yihadismo ante la pasividad de la comunidad internacional, especialmente de la Unión Europea, cuando esta sabe que ya lo tiene a sus puertas, con independencia de las células existentes en su propio territorio. Es sintomático contemplar la actitud solamente reactiva de gran parte de la sociedad europea ante una amenaza que le está afectando directamente.

Como se ha visto hasta ahora, los grupos yihadistas más importantes desde *Al Qaeda* al *Daesh* pasando por *Boko Haram* o *Jabhat al-Nusra* y *Al-Shabaab* - aunque estos dos últimos se integran en *Al Qaeda*, tienen su propio protagonismo - entre otros, aspiran a establecer un califato mundial que gobierne sobre todos los musulmanes. El objetivo final es el mismo aunque la forma o el método de utilizar y establecer los principales elementos del yihadismo, la yihad, el califato y la expansión puede ser distinto.

Así, mientras *Al Qaeda* está implantada geográficamente en el mundo a base de franquicias y células yihadistas sin necesidad de control de un espacio territorial, el *Daesh* y *Boko Haram* se han postulado, desde el comienzo, por disponer de un territorio propio más consustancial con el término estado. En este sentido, hay más similitudes entre el *Daesh* y *Boko Haram* con el origen del Islam en la Península Arábiga que entre este y *Al Qaeda*.

En el momento de escribir estas líneas, 31 de mayo de 2015, los yihadistas del *Daesh* han tomado la ciudad de Ramadí el 18 de mayo, capital de la provincia iraquí de Al Anbar que forma parte del triángulo suní junto a Bagdad y Tikrit, tan sacudido por la invasión estadounidense de 2003. Después de Raqqa, en el noreste de Siria, y de Mosul, en el norte de Irak, Ramadí es la tercera capital de provincia en manos del *Daesh*,²¹ apenas a 110 km al oeste de Bagdad.

No olvidemos que después de haber perdido la ciudad siria de Kobane, situada cerca de la frontera turca, el mes de febrero de este año, y la ciu-

²¹ El País: 20/05/15.

dad iraquí de Tikrit que está no muy lejos de Bagdad, el pasado mes de abril, ha sido capaz de recuperarse y lanzar una ofensiva para conquistar la ya citada ciudad de Ramadi, la ciudad siria de Palmira y Al Tanaf, último puesto fronterizo entre los dos países, que controlaba Siria. Este avance representa la mayor victoria del Daesh desde que el Ejército iraquí y las milicias chiíes comenzaron a hacerle retroceder a primeros de 2015.

Lo importante del Daesh es que sigue controlando el territorio conquistado de Siria e Irak, una vez controlada y eliminada la frontera entre ambos países –con la excepción de una zona del norte donde operan milicias rebeldes kurdas–, que supone una extensión superior a la del Reino Unido y con una población de algo más de seis (6) millones de habitantes. En concreto, representa el núcleo inicial territorial del califato y la base desde la que está efectuando su expansión internacional.

El atractivo del Daesh quedó demostrado cuando Amedy Coulibaly, uno de los terroristas que participó en los atentados de París del pasado mes de enero, se declaró miembro del grupo o cuando Daesh se atribuyó los atentados en el este de Arabia Saudí y en la capital del Yemen, Sana, efectuados el 22 de mayo de 2015. También es verdad que aunque el Daesh celebre estos atentados no ha planeado ni financiado ninguno de ellos.

Los integrantes del Estado Islámico creen que están involucrados en una lucha que rebasa con mucho sus propias vidas. El mero hecho de participar en este movimiento, y en el bando de los justos, es un privilegio y un placer. No hay que menospreciar su atractivo intelectual y religioso. Se puede recurrir a herramientas ideológicas para hacer ver a los conversos potenciales que el mensaje del grupo es falso. También las herramientas militares pueden limitar sus horrores.²²

La influencia del Daesh ya es visible en las acciones que se llevan a cabo en el norte de África. El grupo terrorista difundió un video en las redes sociales, el pasado 15 de febrero, en el que mostraba a combatientes de una filial libia ejecutando a 20 prisioneros cristianos egipcios vestidos con monos naranja característicos del califato de Mosul.

En Libia, hay dos Gobiernos que se disputan el poder por las armas, uno, el de Tobruk, apoyado por la comunidad internacional y por Egipto, Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos y el otro, el de Trípoli, apoyado por Qatar, Turquía y Sudán. El beneficiado es el yihadismo, especialmente los seguidores de Daesh, que ya han tomado Sirte y están preparando el establecimiento de un califato en Cirenaica.

Desde el pasado mes de febrero, el grupo yihadista de Boko Haram, está sufriendo los efectos de una amplia operación militar llevada a cabo por las Fuerzas Armadas de Nigeria, Chad, Benín, Níger y Camerún, que han

²² Graeme Wood: «What ISIS really wants», The Atlantic magazine, March 2015.

logrado expulsarle de unas sesenta localidades que habían sido ocupadas por los terroristas en el noreste de Nigeria. Por otra parte, en la última semana del pasado mes de abril, dichas fuerzas han logrado liberar a casi 700 mujeres y niños que habían sido secuestrados por el grupo yihadista en el bosque de Sambisa. El portavoz del Daesh, Abu Mohamed al Adnani, informaba el 12 de marzo de este año que Al Bagdadi aceptaba el juramento de lealtad del líder de Boko Haram, Abubakar Shekau.

Es verdad que Boko Haram ha logrado hacerse fuerte en las proximidades del lago Chad, donde cientos de terroristas atacaron la isla nigerina de Karanga, a finales de abril, asesinando a unos 75 soldados y civiles, pero también es cierto que murieron más de 150 terroristas. En el vasto territorio de cerca de 40.000 km² que está ocupando el grupo hay muchos lugares que no controla.

Sin embargo, la situación continúa siendo incierta ya que, a pesar de la reciente victoria electoral del ex general Muhammadu Buhari, considerado un político de mano dura, constituye un elemento de esperanza entre los nigerianos, la sensación que se extiende por el país es que esta guerra está lejos de haber acabado. La ciudad de Marte ha vuelto a ser recuperada por los radicales el pasado 15 de mayo.

Desde una visión global, de las tres organizaciones yihadistas más importantes y con más capacidad mediática actualmente, mientras que Al Qaeda sigue su estrategia de ir captando afiliados y células yihadistas sin pretender controlar territorio, en principio, y Boko Haram, se halla en un momento crítico de control del territorio y de la posibilidad de expansión hacia otros lugares, el Daesh constituye en este momento el actor que más está consiguiendo tanto en la propia consolidación de su fortaleza territorial como en su expansión internacional.

De la treintena larga de grupos que han pedido formar parte del Estado Islámico, ha sido aceptado el juramento de lealtad al «califa Ibrahim» a algo más de una decena: *Soldados del califato*, en Argelia; *Estado Islámico de Tripolitania*, *Estado Islámico de Fezzan* y *Estado Islámico de Barqa*, en Libia; *Boko Haram*, en Nigeria; *Ansar Beit al Maqdis*, en Egipto; *Seguidores del Estado Islámico en la tierra de las dos mezquitas*, en Arabia Saudí; *Muyahidines de Yemen*, en Yemen; *Tehrik e Talibán*, en Afganistán; *Ansar al Tawid en Tierras el Hind*, en India; junto a *Brigada Al Tawheed*, y *Movimiento Califato y Yihad*, en Pakistán.²³

La intención de este epígrafe era constatar que la organización yihadista que tiene mayor representación en los medios, en los momentos actuales, es claramente el Daesh. Además de ser el grupo yihadista que más se está expandiendo a nivel mundial es el que recibe mayores peticiones de juramento de fidelidad al califa Abu Baker al Baghdadi.

²³ El Mundo. 04/03/15 y El País. 14/04/15.

Por otra parte, la rapidez de expansión internacional es realmente sorprendente si lo comparamos con Al Qaeda o con Boko Haram. Mientras que en algo menos de un año ha recibido casi cuarenta peticiones de juramento de fidelidad por parte de diferentes grupos yihadistas, como hemos visto más arriba, Al Qaeda, desde el 11 de septiembre de 2001, fecha del ataque a las Torres Gemelas, su mayor éxito estratégico y mediático ha logrado que se establezcan apenas una veintena de organizaciones ideológica y doctrinalmente emparentadas. Por el contrario, el grupo yihadista *Ansaru* se ha escindido de Boko Haram.

Hoy en día, la expansión de la internacional yihadista está promovida y ha alcanzado un gran éxito, fundamentalmente, por el Daesh, por lo que la conquista o apertura, denominada *fatah* en árabe, consustancial con la expansión territorial de los primeros tiempos del Islam, se sigue utilizando. Otra cosa será los métodos o procedimientos que se aplican. En el caso de la expansión del Daesh, aparte de la doctrina y la yihad tradicional, la imparable campaña de propaganda, especialmente con el uso de las redes sociales juega un papel de primer orden.

En esencia, el Daesh es la manifestación más clara de la reforma que se está produciendo en la actualidad, pero su realidad es brutal como pronto han comprendido algunos de los integrantes de la organización. Su excesiva violencia es insostenible a largo plazo por lo que es improbable que este califato perdure mucho aunque la razón para su existencia –el deseo de los musulmanes de reformar la religión, adquirir poder y obtener el lugar que le corresponde en el mundo– seguirá insatisfecha.

Mirando al futuro

En Oriente Medio, el rápido avance del Daesh en Siria e Irak, amenazando al estado iraquí y al régimen sirio de Bashar al Asad, ha conducido a una mayor implicación militar de los estados regionales. Estados Unidos, de nuevo, ha desplegado tropas en Irak en misiones de entrenamiento al mismo tiempo que lidera una coalición internacional de más de 60 países contra el califato de Mosul.

El resurgimiento de los grupos tipo yihadista no es una amenaza confinada a Siria, Irak y sus vecinos cercanos. Lo que está ocurriendo en estos países, combinado con el creciente dominio de las creencias wahabitas intolerantes y exclusivas al interior de la comunidad sunita mundial, significa que 1.200 millones de musulmanes, casi una sexta parte de la comunidad mundial, resultará afectada.

Es poco probable que los no musulmanes, incluyendo muchos en Occidente, no sean tocados por el conflicto. El resurgimiento actual del yihadismo, que ha cambiado el panorama estratégico en Oriente Medio y en el

Norte de África, especialmente, ya está teniendo efectos de gran alcance en la política mundial, con consecuencias terribles para todos nosotros.

Es preciso tener en cuenta la existencia de una lucha por el poder entre y dentro de muchos estados de Oriente Medio y del Norte de África. Es una lucha generacional situada entre la guerra de Irak, del año 2003, y las primaveras árabes de 2011, que redefinirán la región además de las relaciones entre comunidades y entre los ciudadanos y sus gobiernos. Este proceso continuará siendo el combustible para la conflictividad, especialmente en las sociedades donde la religión extremista tiene sus raíces y los gobernantes que rechazan las reformas democráticas, explotan sus economías o someten a la sociedad civil.²⁴

Por otra parte, la superposición de conflictos en Oriente Medio exige que la estabilidad en el área deba ser contemplada y resuelta de una forma global. Desde el enfrentamiento religioso y geopolítico entre Irán y Arabia Saudí hasta el conflicto palestino-israelí, pasando por la guerra civil siria, la descomposición de Irak, la guerra sectaria suní-chií, el proceso nuclear iraní o la guerra civil en Yemen, todas estas conflagraciones están contaminadas por la internacional yihadista. Este tratamiento global es reforzado por las graves repercusiones que puede tener tanto a nivel regional como en el horizonte internacional.

Hay que reconocer que la comunidad internacional, y especialmente Occidente, ha cometido una serie de errores estratégicos que han dado lugar, en parte, a la crítica situación actual existente en Oriente Medio y el Norte de África, en particular.

Por un lado, la creación del Daesh fue consecuencia del vacío de poder que se permitió existiese en Mesopotamia. Un segundo error estratégico fue el dejar resucitar a ISIS, por parte de Estados Unidos, en los años de transición entre la primera y la segunda década de este siglo. Un tercer error, se produjo cuando no se impidió al ISIS liberar a diferentes presos de las cárceles iraquíes, muchos de ellos pertenecientes al Ejército de Saddam Husein, que engrosaron sus filas inmediatamente.

Con tres estados fallidos, Siria, Irak y Libia, entorno ideal para las actuaciones de la internacional yihadista no es probable que la muerte del Daesh sea rápida aunque posiblemente pueda ser anterior a la de Al Qaeda. En todo caso, el peor escenario para Occidente y para la comunidad internacional sería una alianza estratégica entre Al Qaeda y el Daesh.

La guerra contra el terrorismo ha fracasado, hasta ahora, porque no se dirigió contra el movimiento yihadista como un todo y, especialmente, no tuvo como objetivo a Arabia Saudí y Paquistán, los dos países que patrocinaron el yihadismo como credo y como movimiento. Los Estados Unidos

²⁴ NATIONAL SECURITY STRATEGY, Washington, febrero 2015, pág. 5

no lo hicieron porque estos países eran importantes aliados a quienes no deseaban ofender.²⁵

Arabia Saudí constituye un mercado enorme para las armas estadounidenses y los saudíes han cultivado las relaciones con miembros influyentes del *establishment* político norteamericano. Paquistán es una potencia nuclear con una población de 180 millones de habitantes y un ejército con estrechos lazos con el Pentágono.

El 20 de febrero de este año, se conquistó la ciudad libia de Sirte, ciudad natal de Gadafi, por medio de varios ataques terroristas yihadistas suicidas en la villa de Al Quba, a 30 km de Derna, ocasionando, al menos, 40 víctimas mortales, en revancha por el ataque aéreo egipcio del pasado 16 de febrero, contra las poblaciones de Sirte y de Derna.

Estos sucesos en Libia, que cuenta con un califato en Derna, suponen un gran salto cualitativo en la estrategia de los yihadistas del Daesh. Si a los hechos que suceden en Mesopotamia y Libia le sumamos las sangrientas operaciones del grupo yihadista de Boko Haram, que se ha postulado por el Daesh y que también ha implantado un califato en la ciudad de Gowda, en la provincia de Borno del noreste de Nigeria, podemos afirmar que el triángulo Mesopotamia-Libia-Nigeria conforma un territorio donde está imperando la autoridad del régimen radical del Daesh.

La comunidad internacional aún no ha establecido una estrategia global que haga frente a la internacional yihadista eficazmente, en especial en el dominio de las mentes y los corazones mediante la narrativa oportuna. El video difundido por las redes sociales, el pasado 3 de febrero, exponiendo al piloto jordano quemado vivo muestra que el califato de Mosul dispone de un extraordinario aparato de propaganda que produce diferencias y dudas entre los líderes y la población de los países árabes que participan en la coalición liderada por Estados Unidos.

En concreto, la estrategia de la comunidad internacional, hasta ahora, se ha realizado por impulsos, con carácter disperso y ha sido siempre reactiva frente a la permanente ofensiva llevada a cabo por el Daesh o por Boko Haram en diversos campos y en distintos lugares. Sin olvidar la sangrienta actuación del grupo Al-Shabaab como los atentados efectuados contra la universidad de Garissa, al este de Kenia, el pasado mes de abril, produciendo cerca de un centenar y medio de víctimas, a pesar del despliegue de la Misión de la Unidad Africana en Somalia (AMISOM, en sus siglas en inglés) en la zona.

En Mesopotamia está operando la coalición internacional liderada por Estados Unidos, ya mencionada; en Libia, las operaciones de las fuerzas

²⁵ Patrick Cockburn: ISIS. El retorno de la yihad, Barcelona, Editorial Planeta S. A, 2015, pág.63

egipcias contra el yihadismo han sido cuestionadas por algunos países árabes; y en el entorno del Sahel se ha firmado una alianza de cinco países, Nigeria, Níger, Camerún, Benín y Chad que han destinado cerca de 9.000 efectivos militares para luchar contra Boko Haram en su avance en territorio de Nigeria y de los países de dicha alianza; en el resto del mundo, se lleva a cabo la lucha general contra Al Qaeda. Es decir, en tanto que Daesh tiene una única estrategia la comunidad internacional dispone de, al menos cuatro y, además, con muy poca coordinación.

Conclusión

En la línea apuntada al comienzo de esta introducción de buscar fórmulas de cooperación o de colaboración internacional ya sea de tipo multilateral o bilateral, como ya se indica en el trabajo de Luisa Barrenechea y de Rogelio Alonso sobre la cooperación antiterrorista entre España y Marruecos señalando un posible modelo estratégico a seguir, paso ahora a expresar el esbozo de una estrategia integral, incrustada en una visión global de la lucha contra la *internacional yihadista*, con una serie de posibles medidas a tomar, primero con el objetivo de desgastar, y posteriormente destruir, su estructura y funcionamiento. En esta línea, algunas de las medidas que debieran contemplarse en dicha estrategia integral y multidimensional se indican en el decálogo que se señala a continuación.

La primera y más importante consideración se refiere a la necesidad de que la comunidad internacional adopte una estrategia única, con una actitud proactiva y, en su caso, preventiva, *con una visión y planteamiento global*, identificando las vulnerabilidades y debilidades de la *internacional yihadista*, fomentando la división entre sus tres actores principales, impulsando la actuación de la coalición internacional liderada por Estados Unidos contra el Daesh en Mesopotamia. Se debiera analizar la posibilidad de ampliarla a Libia y Nigeria-Sahel, convirtiéndola en coalición antiyihadista mundial incluyendo a la ya larga lucha contra Al Qaeda y sus diferentes franquicias. Con una mayor implicación de Naciones Unidas.

Una segunda medida que ya se encuentra en marcha con el acuerdo firmado el pasado mes de febrero entre Estados Unidos y Turquía consiste en entrenar y equipar a los rebeldes *moderados* sirios para luchar tanto contra el califato de Mosul como contra el régimen sirio de Al Asad. Junto a los acuerdos firmados con Jordania, Arabia Saudí y Qatar, en este caso solo para luchar contra el Daesh en Irak, forman parte de un plan para formar a 5.000 milicianos al año durante los próximos tres años, en Mesopotamia.

Una tercera opción se inclina por emplazar a las potencias regionales de Oriente Medio, como actores principales, que se impliquen más a fondo en la lucha contra la *internacional yihadista* impidiendo, entre

otras cosas, la creación de vacíos geopolíticos, teniendo presente que, por un lado, disponen de los recursos precisos para hacer frente con la suficiente contundencia a este movimiento y, por otro, responde a sus intereses estratégicos establecer la necesaria paz y estabilidad en la región con el fin de conseguir el deseado equilibrio geopolítico regional.

Un cuarto movimiento, consistiría en contener de la forma más oportuna el proceso expansionista del Daesh, particularmente en su campaña militar, al mismo tiempo que se recupera el terreno que ha conquistado, ya que así se conseguirían dos importantes objetivos. Por un lado, pierde credibilidad en su afirmación permanente de que es un instrumento de la voluntad divina, manifestado en sus continuas victorias. Por otro, pierde su legitimación al dejar de controlar territorio como factor clave del poder del califato.

Un quinto paso puede realizarse en Libia para acabar con las milicias yihadistas integrantes del califato de Derna y sus seguidores. Para ello, lo primero que se debiera hacer es acabar con la guerra civil buscando una solución política que es la apuesta seguida por parte de la ONU y de la UE apoyando las negociaciones que está llevando a cabo el diplomático español, Bernardino León. De lo contrario, es posible que se repita lo que está ocurriendo en la antigua Mesopotamia en la puerta sur de Europa. Esta medida responde directamente a los intereses estratégicos de nuestro país.

Un sexto camino que se apunta, teniendo en cuenta que las fuerzas militares de los cinco países del Sahel citados que forman parte de la alianza contra el grupo terrorista Boko Haram no disponen de las capacidades militares adecuadas para hacer frente con rigurosidad a la amenaza que representa dicho grupo terrorista, consiste en que la comunidad internacional, y Europa en particular, se comprometa plenamente en el abastecimiento, apoyo y ayuda necesaria a dichos países para detener la ofensiva de Boko Haram.

Una séptima medida que debiera ser abordada es la de impedir la financiación de la *internacional yihadista*. Durante muchos años, las redes del yihadismo salafista han recibido apoyos, tanto privados como públicos, de algunos estados árabes del Golfo Pérsico. La comunidad internacional y los gobiernos occidentales, en particular, debieran dejar claro a estos países, con los que mantienen estrechos lazos de tipo económico y militar, la necesidad de poner fin a este tipo de actividades.

Otra disposición se orienta a impulsar una labor de proselitismo que debieran realizar los propios líderes musulmanes moderados, formando imanes y desarrollando una doctrina que pusiera en cuestión los planteamientos de los yihadistas y que, al mismo tiempo, resaltara los valores del Islam verdadero como una religión de paz, de amor y de convivencia

compartida, por una parte, entre los integrantes de la propia comunidad musulmana y, por otra, entre estos y la comunidad global.

En línea con la medida precedente, también se considera adecuado exigir a las mezquitas o escuelas coránicas el rechazo al asesinato de apóstatas, a golpear o lapidar a mujeres, a matar a los judíos o llamarles cerdos o monos, a declarar la guerra a los no musulmanes, a esclavizar a seres humanos y a matar a homosexuales. En una palabra, revisar los manuales escolares y poner en práctica una pedagogía que luche contra esas desviaciones que conducen a la internacional yihadista.²⁶

Por último, una décima medida, no por ello la menos importante, se relaciona con la reforma del Islam. Se reconoce como un hecho real y objetivo que en el Islam se carece de autoridad global para hacer el cambio. La comunidad internacional debiera tratar de apoyar el actual proceso de reforma de los pensadores islámicos moderados prestando la ayuda que corresponda, especialmente en el campo de las relaciones políticas, diplomáticas, sociales o económicas, y siempre a petición de los musulmanes moderados.

Dicha estrategia integral contra el *yihadismo internacional* dará sus frutos si es acompañada, al menos, por estos componentes: una cooperación mundial amparada por una inteligencia compartida junto a una campaña de dominio de las mentes y los corazones en las redes sociales; una narrativa ideológica acompañada de la oportuna pedagogía que contrarreste los argumentos dogmáticos islámicos radicales, formando un frente global común para evitar el reclutamiento yihadista presentando las bondades de los valores universales de libertad, igualdad y dignidad frente a los actos del terrorismo yihadista; una presión militar suficiente que impida la expansión del yihadismo por la fuerza y, por último, el empleo de una doctrina que sea única y completa, es decir, que pueda utilizar todos los instrumentos legales de poder de la comunidad mundial.

²⁶ Tawfik Hamid: «Priorizar la parte pacífica del Islam», El País, 12/04/15.